

INVENCIBLES

Siempre pensando que seríamos invencibles.

Siempre juntos. Siempre fuertes.

Trato de descifrar este laberinto de emociones, de errores, de fracaso, pero no lo consigo.

Y aún recuerdo cómo te veía, recuerdo esa sensación indescriptible que crecía en mi estómago cuando tus labios dibujaban una sonrisa. Recuerdo el orgullo al pasear junto a ti, cogidos de la mano, aunque nunca fuimos muy de eso. Rápido nos cansábamos y nos soltábamos, porque para quererse no hace falta ir agarrados. Para quererse no es necesario que resulte evidente.

Recuerdo mirarte furtivamente cuando no te dabas cuenta, o al menos eso creía yo, y deleitarme en imaginar los pensamientos que habitaban tu mente.

Me pregunto si tú aún rememoras de vez en cuando la emoción que sentimos aquel día de agosto cuando por fin nos marchamos. Tu viejo coche iba hasta arriba de cosas.

Mi madre nos despidió llorando. Ella sentía que era el final de una etapa, pero para nosotros era un comienzo, nuestro comienzo.

Y ahora, mientras me miro al espejo tratando de ocultar las ojeras, que francamente pienso que me las provoca el vacío que siento más que la falta de sueño, y escucho a nuestros hijos persiguiéndose por el pasillo entre risas, me pregunto qué pensaría de

esta vida mi yo de hace veinte años, aquella que se montó en el coche sin mirar atrás, creyéndose invencible mientras estuviera a tu lado.

Me acuerdo también de las pequeñas disputas domésticas que tenían nuestros amigos. Todos decían que les costaba adaptarse a la vida en pareja. Sin embargo, eso a nosotros nunca nos pasó. Encajamos a la perfección. Es cierto que tú dejabas pares y pares de calcetines tirados por el cuarto, a veces también en el salón, y que solía encontrar múltiples vasos por toda la casa, porque cada vez que tenías sed, cogías uno nuevo, como si se reprodujeran solos en el armario de la cocina. Pero aquello no me molestaba, me hacía sonreír. Me gustaban tus imperfecciones.

A ti te divertía ver lo metódica que yo era, siempre planeando, organizando, sin dejar nada al azar. - ¡Improvisa! -, solías decirme divertido antes de plantarme un beso sonoro en la frente. Yo me hacía la disgustada, pero en el fondo me encantaba que te gustara esa obsesión enfermiza mía.

Las cosas que nos hacían gracia ahora parecen barreras infranqueables.

Ya no soporto encontrar tu ropa tirada, ni que cada estante, cada mesa, esté decorada con una taza vacía de expreso o un vaso de agua. No me gusta que quites importancia a esos detalles delante de los niños, porque me da miedo que acaben siendo como tú, que hereden tus defectos, como asumo heredarán los míos. ¡Menuda combinación explosiva! Y me sorprende a mí misma pensando estas cosas. Tienes tanto bueno, tanto, que me obligo a recordarlo, a admirarte de nuevo, porque, aunque ya no lo creas, realmente te admiro.

Eres inteligente, divertido, un gran padre, sensible. Todo eso lo sé.

Pero también sé que el hecho de que generalmente contestes con monosílabos a mis párrafos interminables, me destroza.

A menudo pienso que quizás la culpa sea de la distancia. Tanto viaje de negocios, semanas y semanas separados. El hastío de permanecer en casa, de ser un ama de casa, lo que juré que jamás sería. Yo que iba a comerme el mundo, que iba a devorarlo, y parece que la vida ha acabado por engullirme a mí. Y comprendo que mis conversaciones son cada vez menos estimulantes. Y también entiendo que llegas cansado y te apetece tranquilidad. Pero yo necesito lo contrario, necesito charlar durante horas, crearme interesante, porque me ahogo. Porque peleo cada día por ser la mejor madre posible, pese a que realmente me agota, porque, verdaderamente, si fuera valiente, a menudo pienso que lo mejor sería mandarlo todo a la mierda y largarme o, mejor aún, quitarme de en medio. Pero entonces esa responsabilidad maternal extrema que me caracteriza, y mi ansia enfermiza por controlar el futuro, me llevan a pensar que, si yo tomara una decisión tan drástica, arruinaría la vida de mis hijos, no crecerían para convertirse en adultos centrados, empáticos y felices, a ratos, porque la felicidad constante no existe, eso lo sabemos los dos.

Ambos somos conscientes de que esto llega a su fin, pero no resulta tan sencillo.

Nosotros que banalizábamos sobre qué pareja del grupo de amigos sería la primera en separarse, convencidos de que nosotros éramos intocables. Yo que tantas veces dije en alto que no comprendía que hubiera quién no se separara por los hijos, porque en teoría para ellos lo mejor es que sus padres sean felices, aunque sea por separado. Y ahora me encuentro en ese lugar, y me doy cuenta de que nada es tan fácil. Sé que los

dos tenemos derecho a verles crecer, pero nuestras circunstancias no permitirían compartírlas al cien por cien, no con tu trabajo, no con tus viajes.

Y me imagino las Navidades divididos y los veranos por separado. Pienso en los amigos que perderé, porque mis amigos son los tuyos, aunque lleve más de veinte años con ellos, siempre fueron tus amigos.

Pienso en qué será de mí, una cuarentona, ama de casa, que dejó un futuro laboral prometedor para cuidar de la familia, de nuestra familia. Yo que crecí bajo el mantra de mi madre de nunca depender de un hombre, me doy cuenta ahora de que dependo de ti en todos los sentidos, en todos.

Y estoy cansada de ser la mala de la película frente a nuestros hijos, frente a ti. Estoy cansada de luchar, de seguir intentándolo. Pero tampoco tengo la fuerza de dar el paso, de ser yo la primera, porque eso me convertiría en la culpable.

Así que termino de maquillarme, me miro al espejo y me obligo a sonreír antes de abrir la puerta y enfrentarme a otro nuevo día que será igual que el anterior y, probablemente, idéntico al siguiente.

Marta Yanci Serrano